

LAS RELACIONES AMERICANAS ENTRE EL NORTE Y EL SUR
DEL CONTINENTE *

El tema que me propongo desarrollar es el de las relaciones Norte-Sur en el Hemisferio Occidental a lo largo de casi medio milenio desde el descubrimiento de Colón hasta nuestros días. Debo agradecer que me haya obligado a pensar sistemáticamente en el asunto, porque es fascinante. He escrito mucho sobre hechos concretos de relación política, filosófica e intelectual entre los protagonistas de la historia norteamericana y los actores de Suramérica, pero he de confesar que al trazar ahora las notas para este ensayo me doy cuenta que es mucho más vasto y trascendente de lo que tenía entendido.

He de limitar mis palabras a algunas sugerencias, parciales pero indicativas, sin intentar ni la síntesis ni desde luego plantear conclusiones.

¿HAY UNA HISTORIA COMÚN AMERICANA?

¿Puede hablarse de una historia común de todos los países que forman el continente americano? Recuerdo que el Dr. Lewis Hanke, ilustre hispanista estadounidense, había publicado varias monografías sobre la posible historia común americana. No creo que sea posible sostener una conclusión afirmativa a la pregunta. Las dos tradiciones colonizadoras, la anglosajona en el Norte y la hispanolusitana en el Sur, siguieron vías separadas durante los siglos XVI, XVII y casi todo el siglo XVIII. Norte, Centro y Suramérica formaban una unidad continental, pero sus partes seguían caminos diferentes. El mundo anglosajón americano poco o nada sabía de lo que acontecía en la gran extensión española y portuguesa. Y viceversa. Las enormes dimensiones territoriales en el Norte y en el Sur, con escasa población, no facilitaron ciertamente que se estableciesen relaciones de uno a otro

* Discurso en la Universidad de Miami, Coral Gables.

campo. En todo caso, sobrevivían las existentes antes del descubrimiento colombino. La historia la hacen las comunidades humanas sobre un determinado territorio, mediante una relación de ideas y costumbres, de intereses y de afanes que presenten los rasgos de la coparticipación de preocupaciones. No basta la vecindad geográfica, que es sólo una circunstancia física, para que se establezca la base de una convivencia compartida, si faltan las causas reales de un propósito común o, si se quiere, incluso, las razones de una discrepancia. El acuerdo o el disenso, aunque ofrezcan rasgos distintos, son manifestaciones de mutuo conocimiento. Es, por tanto, la consecuencia de un proceso vital lo que determina la comunidad en la historia.

El caso es, sencillamente, que se desconocieron. Acaso la empresa de descubrir, con ánimo de aventura, inmensas tierras ignoradas, era un compromiso o un sueño que excedía la capacidad de acción de los pobladores del norte y del sur, para actuar en el enorme espacio en que se movía el escaso número de emigrantes que desde el Viejo Mundo se trasladaron a crear nuevas existencias en el suelo de promisión que les ofrecía el Nuevo Mundo. Era una quimera que tiene mucho de quijotismo, de este personaje que enloquece por la lectura de los libros de caballería, cuyo rastro puede seguirse en los hechos sobrecogedores que se llevan a cabo en América. Piénsese que el descubrimiento y conquista de Las Floridas, y aun su bautizo (tierra de Pascua Florida), tiene sabor y aire de novela caballeresca. Ponce de León emprende la busca de las islas Bimini, en 1513, en pos del mito de Satantán, porque quiere hallar la fuente de la eterna juventud. El mismo fenómeno hallamos en California; en la localización de la fabulosa isla de las siete ciudades de Cibola, buscadas por Fray Marcos de Niza desde México en 1539; o en el sur del continente, la obsesión por El Dorado, o la sorpresa del *Mar o non* (Marañón), colocado con la leyenda de las Amazonas. En estas locuras grandiosas, donde lo refinado está por encima de lo vulgar, realizadas con un espíritu donde predomina el honor, el deseo de fama, el intrépido heroísmo sobre el ánimo de lucro, para dar campo a las más fervientes ilusiones humanas. Son las fantasías de las novelas de caballería convertidas en realidad. Es la aventura por la aventura misma. Son los mitos que impulsaron a las gestas humanas.

Tal sería el único rasgo que podría dar base para diseñar una historia común en la similitud de los sucesos. Pero siempre partiría cada empresa de iniciativas independientes, aisladas, sin conexión entre la humanidad dispersa en el grandioso escenario de un continente. Habrá que esperar que nazcan las ideas de libertad del hombre y los

conceptos de nación en los futuros Estados independientes, primero en el norte y luego en el sur del continente, para que se formen a conciencia las raíces de un mismo destino y realmente empiece la historia común.

Y de ello no vemos señales sino a partir de las últimas décadas del siglo XVIII, cuando va cobrando expresión una filosofía, que crea un pensamiento propio, que cuaja primeramente en la decisión política de las 13 colonias del este norteamericano. En el sur ha habido a lo largo del setecientos manifestaciones de protesta contra el dominio de la metrópoli, que son como señales de la futura decisión emancipadora. La idea de libertad del hombre, para pasar de súbdito a ciudadano, será la misma fuerza motriz en todo el continente que definirá la igualdad de destino sobre dos pilares fundamentales: República y Democracia.

LA EFECTIVA OONJUNCIÓN

El hallazgo de un manuscrito datado en 1777 en Caracas con el texto de las proclamas emanadas del Congreso General de los Estados Unidos el 5 de octubre de 1774 y el 8 de junio de 1775, en Filadelfia, retrotrae en más de 30 años el testimonio hasta ahora conocido que atestiguaba la presencia de las ideas revolucionarias norteamericanas en el sur del continente. Hasta el momento no se conoce ninguna prueba fehaciente anterior a esta fecha de 1777, aunque cabe admitir que habrá habido contactos anteriores a través de navegantes y de posible tráfico comercial con las Antillas y en las costas del Caribe, pero faltaba el motivo de una conciencia común, coparticipada, para que se produjese el *contacto* fecundo, el que promueve la evolución del hombre en la tierra, el que ha existido en el pasado humano para que el enlace entre civilizaciones haya sido creador. Así sucedió en la cultura oriental, en Grecia y en Roma. Pero la existencia de dicho manuscrito, en manos del doctor José Ignacio Moreno, sacerdote, Rector de la Universidad de Caracas, escrito de su puño y letra, no deja duda alguna acerca de que la doctrina y escritos de los políticos norteamericanos eran conocidos poco después de haber tenido expresión en los acuerdos de la ciudad sabia de Filadelfia.

Como habrán sonado en Caracas, en 1777, palabras como éstas:

Know then, that we consider ourselves, and do insist, that we are and ought to be, as free as our fellow-subjects in Britain...

*...When the Pride of Ancestry becomes our Reproach, and we are no otherwise allied than as Tyrants an slaves; when reduced, to the melancholy Alternative of renouncing your favour or our Freedom; can we hesitate about the choice?
Let the Spirit of Britons determine.*

Habrán sin duda contribuido a reforzar el ánimo de autonomía política que ya fermentaba en los súbditos del imperio español, que había ya suscitado manifestaciones de protesta contra el gobierno de la Metrópoli. Se sabe que en reuniones y tertulias de las últimas décadas del siglo XVIII se discutían propósitos de rebelión y circulaban de mano en mano libros cuya lectura era prohibida por las autoridades peninsulares. Poco a poco iba creándose la voluntad y el convencimiento por la libertad de los hombres que culminará a comienzos del siglo XIX en la decisión por la Independencia.

Quizás el primer hispanoamericano que tuvo el contacto más decisivo con la realidad norteamericana en los años postrimeros del siglo XVIII haya sido el caraqueño Francisco de Miranda, apellidado con plena razón como El Precursor. En su vida admirable consta la participación en las guerras de independencia en los Estados Unidos y su intervención decisiva en la toma de Pensacola, en 1781, y en otras acciones en el Caribe, pero para mi propósito me parece conveniente destacar la trascendencia de su gira por Estados Unidos en los años 1783-1784, durante la cual como el mismo confiesa en una memoria escrita en 1792:

El año de 1784, en ciudad de Nueva York, formé el proyecto de la libertad e independencia de todo el continente hispanoamericano, con la ayuda de Inglaterra.

Había realizado un largo viaje por varias ciudades de las antiguas 13 colonias del norte, desde South Carolina hasta New Hampshire; había tratado sus más ilustres patriotas, y había estudiado las instituciones, las costumbres y el pensamiento político de los Estados Unidos recientemente emancipados, con profunda admiración por su sistema democrático. Trata a eminentes ciudadanos: Washington, Thomas Paine, Alexander Hamilton, Knox, La Fayette, entre otros. Recordemos que Miranda tenía 33 años de edad al emprender su viaje a los Estados Unidos. Fue para él su camino de Damasco, por lo que es natural que encontremos subrayado este hecho en los exegetas de la vida del Precursor. Así dice William Spence Robertson:

Although appals had beed to him by oppressed compatriots in Venezuela, yet he had decided that it would be wise to postpone action until the independence of the thirteen colonies was acknowledged, a step which he seemed to considerer a necessary preliminary of Spanish-American independence.

En la trayectoria vital de Miranda, las gestiones para lograr la cooperación británica, que se prolongaron por años, llegaron a un punto de frustración en su espíritu. Cuando decidió, en 1806, llevar a cabo la expedición libertadora del continente recurrió a la ayuda norteamericana, reclutó sus voluntarios en los Estados Unidos y emprendió su gesta, acompañado de estadounidenses, hacia Coro. En el fracaso la sangre de 18 norteamericanos fue vertida en las ejecuciones de Puerto Cabello, verdadero holocausto que selló la unidad de la empresa del sur con la del norte. Esto sí es historia común.

• • •

La filosofía política norteamericana y el ejemplo de su independencia están presentes en el sur del continente. Es la circunstancia que permite y favorece la relación entre el norte y el sur, basada ya en la comprensión y en la misma voluntad de propósitos y la similitud de los fines. Es decir, la liberación del ciudadano y las independencias nacionales unen las dos porciones del continente y empiezan a construir una tradición de idéntico signo cuyas proyecciones no se han cerrado todavía en nuestro tiempo. El juego de influencias mutuas se inicia a partir de la coincidencia de los proyectos colectivos. Para que los tratos sean fecundos es necesario que haya participación en las mismas creencias e ideales y puedan sumarse las iniciativas en cada sección. La libertad, los derechos humanos y el camino a la independencia crean una base sólida para los Estados que nacen en todo el ámbito del continente. Es el elemento espiritual integrador.

Demos una ojeada a algunos hechos que van a servirnos de hitos o peldaños en nuestra disertación.

El día 4 de julio de 1811, el Dr. Francisco Javier Yanes proponía al Congreso Constituyente de Venezuela que se declarase la Independencia Nacional por ser el aniversario del mismo acontecimiento en el norte. Los oradores de los días 1º y 3 de julio, al discutir el tema, habían invocado el ejemplo de los Estados Unidos. Así consta en las actas de la Magna Asamblea. Por otra parte, en la Sociedad Patriótica, Simón Bolívar pronunció un encendido discurso por la Independencia, sin que

se conozca si aludió a los Estados Unidos, pero el Dr. Miguel Peña hizo un alegado, el día 4 de julio, en favor de la Declaración, con expresa referencia al precedente de los Estados Unidos. En la sesión de la mañana del 5 de julio se comunicó al Congreso el voto favorable y presionante de la Sociedad Patriótica.

Queda clara y documentada la vinculación de ambos acontecimientos, como si se ejecutasen las palabras suscritas el 17 de mayo de 1811 por don Telésforo de Orea, jefe de la misión diplomática de la Junta de Caracas cerca del Gobierno norteamericano, en oficio a James Monroe, Secretario de Relaciones Exteriores: "Los Estados Unidos enseñaron a Venezuela el camino de la libertad y de las virtudes sociales; y los pueblos de la América del Sur seguirán también en lo posible la constitución de los del norte".

No hay duda de que los textos constitucionales de los Estados Unidos norteamericanos eran conocidos en la América hispana. Corrían versiones en español de la Constitución de los Estados Unidos, de 1787, así como las de los Estados confederados, publicadas en Filadelfia en 1811, en la versión del venezolano Manuel García de Sena, formando parte del libro *La Independencia de Costa firme justificada por Thomas Paine treinta años ha. Extracto de sus obras*, con las Constituciones de Estados Unidos, y las de Massachusetts, Connecticut, New Jersey, Pennsylvania y Virginia, libro que ejerció influencia en todo el sur del continente americano, hasta Chile y Argentina.

El segundo libro publicado por Manuel García de Sena, en 1812, es la *Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año de 1807*, de John M'Culloch, en el cual se hace particular hincapié en la guerra de independencia y la organización del Gobierno norteamericano. La traducción se hace con el propósito de dar a conocer unos hechos "a quienes no les sean posible obtenerlos de otro modo, por contener avisos muy importantes a la América española en sus presentes circunstancias, tan análogas a las de este país cuando trató de sustraerse del yugo de la Gran Bretaña". Y añade en forma concluyente: "Nuestra causa es en todo, todo, idéntica a la que éstos defendieron".

Y termina con una recomendación concluyente, pues las máximas contenidas en los libros que traduce constituyen "la felicidad de los norteamericanos, que yo jamás me canso de admirar y que es la misma que deseo para los nuestros".

En Filadelfia como primera sede del Gobierno independiente norteamericano, de 1790 a 1800, se había congregado un brillante grupo de políticos, filósofos y escritores, que convirtieron la ciudad en un

poderoso foco de influencia doctrinal hacia el continente hispanohablante. En periódicos y en libros se proclamó el apoyo a la emancipación suramericana.

Por otra parte, los patriotas hispanoamericanos concurren a la ciudad de Filadelfia, como agentes diplomáticos de los países en vías de independización o como emigrados políticos, empeñados en la causa heroica de la emancipación. Basta citar algunos nombres de venezolanos distinguidos que residen más o menos tiempo en la ciudad entre los años 1810 y 1830, en la etapa definidora de la independencia: Manuel García de Sena, Telésforo de Orea, Juan Vicente Bolívar, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga, Pedro Gual, Juan Germán Roscio, Mariano Montilla, Lino de Clemente, Juan Paz del Castillo. Figuran también en Filadelfia Luis Aury y Gregorio MacGregor; y el novogranadino, el eminente Manuel Torres. Todos ocupados activamente en trabajos en pro de la independencia.

Si los nombres mencionados son convincentes para persuadirnos acerca de la gran importancia reconocida a ese hogar de libertad por parte de los estadistas del sur, no lo son menos la contemplación y examen de cuanto se edita en las prensas de los talleres de Filadelfia, en castellano y en inglés, cuyo conjunto forma una espléndida colección de obras, de enorme valer para la historia de la emancipación. Se distingue el taller del inmigrante Mathew Carey, pionero y propulsor de una magnífica tarea de cultura y educación política.

En 1794 se publica en Filadelfia en español una obra singular, *Desengaño del hombre*, de Santiago F. Puglia, italo-americano, emigrado desde España a los Estados Unidos, en 1790, en la que insta a españoles e hispanoamericanos a rebelarse contra la monarquía. Recomendando el estudio del profesor Merle E. Simmons, de la Universidad de Indiana. Por el prestigio que tiene Filadelfia, edita Miranda en Londres, en 1801, con pie de imprenta de Filadelfia, la obra del abate Juan Pablo Viscardo y Guzmán *Carta a los españoles americanos por uno de sus compatriotas*, donde se apoya expresamente en el ejemplo norteamericano para persuadir a los pueblos americanos a luchar por la independencia: "El valor con que las colonias inglesas de la América han combatido por la libertad, de que ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia. Nosotros les hemos cedido la palma, con que han coronado, las primeras, al Nuevo Mundo de una soberanía independiente". Dejo mencionadas más arriba las dos obras debidas a Manuel García de Sena.

En 1813 editaba en Filadelfia M. Carey una nueva edición del libro de Henry Bolingbroke (1785-1855) *A voyage to the Demerary*,

containing a statistical account of the settlement there, and of those of the Essequibo, the Berbice, and other contiguous rivers of Guiana, que había sido publicado en Londres en 1807-1808. En 1816 el prócer neogranadino Manuel Torres (1767-1822) imprimía un valioso informe intitulado *An Exposition on the commerce of Spanish America with some observations upon its importance to the U.S.* en el cual trazaba un plan de largo alcance como resultado del análisis de la relación económica del continente hispánico con los países del mundo occidental. El mismo año de 1816, divulgaba en Filadelfia don Pedro Gual (1783-1862) un programa de acción política quijotesca encaminada a la conquista de la Florida. En 1817 Juan Germán Roscio (1763-1821) da a través de las prensas de T. H. Palmer su obra más considerable: *El triunfo de la libertad sobre el despotismo, o la confesión de un pecador arrepentido de sus errores políticos, y dedicado a desagaviar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía*, libro profundo y denso, que también fue lectura de los hispanoamericanos a quienes les apasionaba el principio fundamental de que ser republicano no era pecado. Cuatro años más tarde, en 1821, en la propia Filadelfia, en la imprenta de M. Carey e hijos, el libro de Roscio hacía su segunda salida. El mismo Roscio edita en Filadelfia, en 1817, un trabajo polémico de gran agudeza, con el título de *Homilía del Cardenal Chiaramonti, Obispo de Imola actualmente Sumo Pontífice Pío VII*, en texto bilingüe, castellano e inglés, a fin de que lograrse una más amplia difusión en ambas Américas.

En 1818 se publica en la imprenta de M. Carey & Son una interesante obra intitulada *Spanish America and the United States; or Views of the actual commerce of the United States with the Spanish Colonies* con amplias referencias y datos relativos a la Costa Firme. En 1821 Vicente Rocafuerte (1793-1847), el brillante ecuatoriano, publicó sus consejos a la liberación bolivariana del antiguo Reino de Quito, en el libro *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente, que quiera ser libre*. En 1822, impresa en los talleres D. C. Carey & Lea, aparece la obra traducida por Eduardo Barry, *El espíritu del despotismo*, dedicada a Simón Bolívar, como Presidente de la República de Colombia. En el mismo año de 1822 aparecen varias obras: *La Constitución de la República de Colombia de 1821*, reproducida por el impresor J. F. Hurtel, sobre la edición de la Villa del Rosario de Cúcuta; el informe de Baptis Irvine, que había estado en Angostura, con el título de *Commerce of Southern America, its importance to us, with some remarks on a Canal at Darier*, y el libro de Manuel de Vidaurre (1773-1841) intitulado *Plan del Perú, defectos del gobierno español*

antiguo, necesarias reformas, dedicado desde Filadelfia a Simón Bolívar. Manuel de Vidaurre publicó, también en 1823, en Filadelfia, sus *Cartas americanas, políticas y morales*, que contienen muchas reflexiones sobre la guerra civil de las Américas, en dos volúmenes. En 1824 se reedita, con el título de *Las ilustres americanas*, en el taller de J. F. Hurtel, el escrito inserto primeramente en las páginas de la *Biblioteca Americana*, que redactaba Andrés Bello (1781-1865) en Londres, edición que constituye un símbolo de la unidad intelectual en el proceso de libertad americana.

En 1825, Carey & Lea edita una obra monumental: *A complete historical, chronological and geographical American Atlas, being a Guide to the History of North and South American and the West Indies*. Para cerrar la enumeración anoto el libro del coronel Francis Hall († 1833): *Colombia; its present state in respect of climate, soil, production, population, government*, impreso por A. Small, en 1825.

• • •

Un nombre casi olvidado simboliza en Filadelfia, a mi entender, el sentimiento patriota en la gran nación del norte, el de William Duane (1760-1835), "célebre editor" como lo llama el *Correo del Orinoco* en uno de sus primeros números, del 21 de noviembre de 1818. Como propietario y redactor de la *Aurora*, en Filadelfia, rompió lanzas en favor de la causa emancipadora de Venezuela y de la Nueva Granada, desde 1810. Amigo y protector de los emigrados políticos residentes en la ciudad, se granjeó el respeto y el reconocimiento de todos. En tal forma que, cuando el Congreso General de la Gran Colombia resuelve, en octubre de 1821, inmortalizar el recuerdo de gratitud a los hombres que en Europa y América consagraron sus esfuerzos en pro del triunfo de la libertad sudamericana, figura su nombre entre un reducidísimo grupo de notables personalidades: el abate de Pradt, Henry Clay, el general Robert Wilson, el parlamentario James Marryat y Lord Vassall Holland.

El acuerdo para Duane es rotundo: "que el Poder Ejecutivo le presente el testimonio de gratitud nacional, a nombre de la República".

William Duane perpetuará, en 1826, la memoria de sus servicios, al publicar su libro: *A visit to Colombia, in the years 1822-1823 by La Guayana and Caracas, over the Cordillera to Bogotá, and by the Magdalena to Cartagena*, en el cual se lee: "Desde hacía unos 30 años mantenía buena amistad con varios hombres llenos de virtud y de talento quienes venían madurando sus planes para fomentar la revolución en

la América del Sur, actualmente cumplida. Mis relaciones con ellos, cuya causa despertaba toda mi simpatía, me hicieron prestar formal atención a la historia, geografía y destino de aquellos países”.

Honor merecido el que le rindió el Congreso General de la Gran Colombia.

• • •

Todo ello prueba que las repúblicas meridionales del continente acogieron los principios filosóficos de la revolución norteamericana, admiraron sus virtudes, tuvieron como ejemplo su legislación y sintieron el estímulo de su éxito y prosperidad.

• • •

Estoy persuadido de que la revisión que la historiografía actual está llevando a cabo sobre la significación del siglo XVIII traerá nuevas conclusiones acerca de las causas actuantes en la emancipación hispanoamericana, tanto como en la evolución del pensamiento de la misma España. Sin negar —sería absurdo— la presencia de la Enciclopedia y la Revolución Francesa, habrá que concederle mayor atención al arraigado sentimiento hispánico por la libertad y, del mismo modo, a los principios y al modelo de la revolución norteamericana. Comienzan ya a verse los frutos del cambio del criterio predominante en las historias tradicionales. Jorge Basadre, gran historiador peruano, afirma: “La historia universal ha sido escrita desde hace tres siglos, en función de lo que ocurrió en Europa. Es preciso tomar muy en cuenta y valorizar en lo que es debido otras culturas en áreas distintas del globo terráqueo. La nueva historiografía ha roto con el europeocentrismo”.

Tiene razón el Dr. Basadre. Durante 200 años ha predominado el clisé de que la influencia de la Revolución Francesa fue el factor determinante de la emancipación hispanoamericana. Hoy no tan sólo se pone en tela de juicio tal afirmación excluyente, sino que se acrecienta la documentada convicción de que la ideología, junto con el éxito de la independencia de Norteamérica, fue un elemento activo en la decisión del continente que habla castellano.

Léase el consejo de uno de los actores más eminentes, en la empresa de la independencia, Francisco de Miranda, en carta a Manuel Gual, datada el 31 de diciembre de 1799:

Amigo mío, la verdadera gloria de todos los americanos consiste en la consecución de la empresa de libertad . . . Dos grandes ejem-

plos tenemos delante de los ojos: la revolución americana y la francesa. Imitemos discretamente la primera, evitemos con sumo cuidado la segunda.

Y la respuesta dada por Bolívar a Hiram Paulding, en 1824, al preguntarle por qué había emprendido la revolución de Colombia:

“Desde mi niñez no pensaba otra cosa; yo estaba encantado con las historias de Grecia y Roma. La revolución de los Estados Unidos era de fecha reciente y presentaba un ejemplo. El carácter de Washington infundió en mi pecho la emulación”.

Sentencias a mi parecer certeras que nos dan la norma para la correcta interpretación del período de mayor influencia política del norte del continente sobre las repúblicas del sur.

EL CARIBE, MEDITERRÁNEO AMERICANO

En el interesantísimo libro del Dr. Juan Manuel Zapatero *La guerra del Caribe en el siglo XVIII* (San Juan de Puerto Rico, 1964) se traza la historia del mar Caribe, con las “llaves” de protección de los dominios españoles en América. Estudia sagazmente el sistema de fortificaciones desarrollado por España en la zona del mar de las Antillas, desde la ciudad fortificada de San Agustín por el sur de los Estados Unidos actuales, en todo el golfo de México hasta el Darién y por toda la costa sur de Tierra Firme hasta Cumaná y Guayana. Mejor transcribo las propias palabras del Dr. Zapatero:

Puede señalarse que toda la zona geográfica del Caribe era para Inglaterra, objetivo general de ataque. Al norte, la “pasa” de las Bahamas, ruta de regreso de las flotas, en las que España tuvo que levantar la ciudad fortificada de San Agustín. En el centro y en el continente, los puertos de Veracruz y su Castillo inmediato de San Juan de Ulúa; Campeche; Bacalar, fueron “llaves” de los ricos comercios del virreinato de Nueva España y capitania general de Yucatán.

Los que junto a las del Golfo Dulce, Omoa y San Juan de Nicaragua constituían el ambicionado sector centro-americano que remata en el Darién, y donde las “llaves” de Portobelo y Chagres, y la de Panamá en el otro océano o Mar del Sur, marcarán el triángulo mágico en cuyas bisectrices estaban —al pensar de In-

glaterra— los valiosos tesoros que, procedentes del Perú, se les escapaban camino de España. Por aquí, en definitiva, se ensayaron los cortes políticos que los ingleses proyectaron más de una vez, para hacer saltar el “llavero” estratégico y con él la unidad de gobierno continental. Hawkins, a fines del siglo XVI, los dibujó, y los generales y almirantes del XVII y XVIII, los acariciaron inútilmente.

Al sur del mar Caribe, Tierra Firme y los territorios de Nueva Andalucía o virreinato de Nueva Granada, llevaban fama de ser los caminos seguros del oro. En su caliente litoral, una plaza maravillosamente fortificada, Cartagena de Indias, asumía la responsabilidad de ser la “llave del Reino del Perú”. Con ella, las “llaves del Mítico Dorado”: Cumaná, La Guayana, y las del mejor comercio de todas las Indias, La Guaira y Puerto Cabello, asumían también la de ser guardianas y centinelas del “caño de la Ymbernada” o ruta de penetración de los navíos españoles que después de la travesía del océano, se internaban en busca de los abrigos de Tierra Firme.

Por último, el gran arco antillano, extendido desde Florida hasta la isla Trinidad, como un rosario de perlas maravillosas que a los ingleses les resultaban resortes de los mejores intentos que pudieran realizarse contra los dominios de España. En el arco de las Antillas o de “Ulises”, las “llaves” de La Habana y Puerto Rico, y un poco menos, Santo Domingo, a causa de la cesión estipulada en Ryswich (1697), y para la cual, el siglo XVIII fue un tiempo de fuertes polémicas de vecindad francoespañola. Pero Cuba “llave” del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales”, y Puerto Rico, a su vez “llave de las Antillas” fueron dos objetivos principalísimos en los planes de ataque de Inglaterra. Señalados por Drake y Hawkins en pleno acoso de la piratería, lo volvieron a ser en los proyectos de Cromwell de mitad del siglo XVII, y los marcaron con dureza los ataques del siglo XVIII, hasta la gran derrota del general Abercromby y almirante Harvey, en la última batalla presentada por Inglaterra en aguas del Caribe.

El mar Caribe fue la vía principal por donde se llevaron a cabo las relaciones norte-sur, durante los siglos de dominio hispánico, pues la costa del Pacífico tuvo que esperar el desarrollo de la vertiente oeste de los Estados Unidos, y, entretanto, las comunicaciones se realizaban a través del istmo de Panamá.

La relación de los reiterados acosos de las potencias europeas que deseaban cercenar el imperio español es un interminable recuento de

zarpazos ingleses, principalmente, y de otras naciones europeas que no se resignaban a quedar fuera de las riquezas americanas. John Hawkins, desde fines del siglo XVI, encabeza los ataques británicos a las fortalezas del Caribe, con Francis Drake, Conde Cumberland, Edward Vernon, Enrique Morgan, Walter Raleigh, Henry Harvey, Ralph Abercromby, más los holandeses, franceses y daneses, que intentaron quebrar el sistema de protección concebido por España para defender la totalidad de los dominios americanos. Tales ataques reiterados nos señalan la extraordinaria importancia de este mar, que la Metrópoli defendió a veces con heroísmo singular.

Hasta el período de la Independencia se ha mantenido el poderío hispánico con bastante integridad, pues aunque lamentablemente no son cuantiosas las pérdidas de posesiones en ese mar.

En la historia de las relaciones del sur y el norte del continente, el Caribe ha sido la vía de comunicación marítima más frecuentada. Basta señalar la significación que tiene el canal de Panamá y el juego de influencias que presenciamos todavía en nuestros días. Este mediterráneo americano es pieza esencial para el equilibrio del continente.

La ciudad de Filadelfia ha sido en el cambio del siglo XVIII al XIX la sede determinante del ideario del norte; y desde 1800, Washington, la capital política norteamericana, ha proseguido las relaciones norte-sur en todo el siglo XIX, en economía, en cultura, en educación, en busca de una mayor compenetración internacional. Hoy, cuando existen objetivos distintos al poder político y al poderío militar, cuando el sur de nuestro hemisferio está recibiendo en gran proporción la influencia de la alta técnica y las especialidades de un mundo en camino de una era postindustrial, quizás no debemos perder de vista la trascendencia de este mar Caribe para sentar las relaciones norte-sur con más comprensión y mejor visión del futuro.

Hablo en la Universidad de Miami, que tiene el deber de servir a los más nobles ideales de la comunidad que forman las repúblicas de linaje americano. Establecidas como están sobre fuertes raíces las vías de integración por la comunidad de intereses y una efectiva historia común desde la emancipación, cabe esperar que el suelo de la fuente de la eterna juventud, donde se ha realizado en las últimas décadas la mayor agrupación de gentes del sur hacia tierra norteamericana, acaso le compete a esta Casa de Estudios, como una moderna ciudad de San Agustín, presidir el sistema de vigilancia y amparo de las partes del continente que forman la comunidad de naciones americanas.

La historia no se detiene. Los humanos siguen su destino. Cabe esperar que se mejore en los ideales de vida, libertad y felicidad, como objetivos proclamados desde la Declaración de la Independencia.

Estos son mis votos.